

Los estados del alma de la música

Pablo Espinosa

Escuchar música es un acto amoroso.

Produce estados del alma cuya naturaleza obedece a la suma de elementos que constituyen una sesión de escucha.

El lugar, el estado de ánimo de quien escucha, su personalidad, su capacidad de asombro y sensibilidad van por delante.

Por ejemplo: dejemos que suene el *Concierto en si menor para violonchelo y orquesta* de Antonín Dvořák.

En cuanto suena el largo prelude orquestal, la atmósfera nos lleva a Praga, esa ciudad mágica donde el compositor checo completó la partitura, que había iniciado en Nueva York, motivo por el cual aparece, en el segundo tema motivico, la estructura básica de los *spirituals* negros, inicialmente en un solo de corno francés sobre notas graves en las cuerdas. Hay una repetición del primer tema en clarinetes y entra entonces, majestuoso, el violonchelo solista, que discute los dos temas motivicos y se embarca en oleadas de virtuosismo y brillantez.

El sonido del violonchelo es de los más bellos que puede ofrecer instrumento alguno. El oboe es otro de esos artefactos generadores de belleza.

¿Cómo está el escucha? Está encantado. Le encanta. Y sonríe.

La música de Dvořák es amable siempre. Llena de encanto y alegría. Sus momentos oscuros no son lo ominoso que resultan en otros autores.

Por ejemplo, en el segundo movimiento de su *Concierto para violonchelo*, que estamos escuchando, pasa de la ternura a pasajes oscuros.

Y aquí encontramos un nodo sumamente interesante. Las tonalidades oscuras en las composiciones no suelen llevar necesariamente a la tristeza a los escuchas, por mucho que sea la intención del compositor.

Pienso por ejemplo en las *Gimnopedias* de Erik Satie, quien de hecho las titula así: Lento y Grave, Lento y Triste, Lento y Doloroso.

Hasta el momento no he visto a nadie llorar de tristeza, o tratar de cortarse las venas de las muñecas con galletas marías, frente a estas piezas.

Los comentarios generalizados van, por el contrario, de la ensoñación a la ternura, de lo onírico a lo fantasioso. Y sí, los menos, hablan de melancolía.

Pero está sonando Dvořák. El movimiento lento de su *Concierto para violonchelo* es uno de sus movimientos lentos con más sentimiento y emoción.

Sentimientos, emociones. He ahí la materia prima de la música tonal.

Otra vez: hasta el momento no he visto a nadie sollozar, conmovido, frente a, por ejemplo, una obra orquestal dodecafónica de Arnold Schoenberg, o alguna composición salvaje de Stockhausen, Luigi Nono o Ligeti, antípodas de toda música sentimental.

Y, también porque, como dicen los budistas, todos tenemos mente de chango y en cuanto intentamos concentrarnos en algo, por ejemplo en meditar, la mente se pone a brincar y a brincar, como chango.

Entonces habrá personas a quienes los sentimientos y las emociones impresos en el movimiento lento del concierto de Dvořák les venga importando un pepino, o un sorbete o, vaya, un mísero cacahuete.

No es que se aburran, pero me han contado muchas escuchas que en los movimientos lentos de las sinfonías y los conciertos, su mente se pone a elaborar la lista del súper, a resolver pendientes del trabajo, o simplemente a divagar en mar abierto.

Y eso me recuerda muchas escenas en salas de conciertos donde algún circunstante se quedó dormido durante casi toda



Mstislav Rostropovich

la obra y despierta en el tamborazo final; abre los ojos, y con mucha propiedad se une a los aplausos, bravos y aleluyas.

Sigue sonando el movimiento lento de Dvořák. Está construido sobre dos melodías conmovedoras, francamente conmovedoras. La primera en el clarinete, con acompañamiento de oboe y fagot. ¡Qué delicia! Es tan bello, que su autor puso un *da capo* en la página y vuelve a sonar entero ese pasaje, para que las cuerdas aparezcan con el segundo tema motivico y otro más que ejecuta majestuosamente el clarinete. ¡Cuánta belleza! Y suspiro.

En el tercer movimiento y final, hay sentimientos de gozo. Muchos. Una figura poderosamente rítmica inicia el movimiento en los alientos maderas.

El violonchelo solista y luego la orquesta presentan el primer tema, que se asemeja a una danza campesina.

En las sinfonías de Mahler abundan los *Ländler*, o danzas campesinas austriacas; de hecho, Mahler es originalmente checo, pues el pueblo en que nació todavía no pasaba a ser parte de Austria, de manera que la asociación de ideas que ocurrió en mi mente mientras suena la música del checo Dvořák, es también uno de los estados del alma que suceden cuando uno escucha música.

Es más que una asociación de ideas. El quid del asunto no está en las palabras: Dvořák, violonchelo. Sino en la energía. Si dices me encanta, eso es lo que percibo.

En el acto amoroso hay un intercambio de energía. Y como escuchar música es un acto amoroso, el intercambio de energía se convierte en magia. Una persona mágica y hermosa y un sabio. Una delicada mariposa y un adivino. Sonríen.

Como sonrían el oboe y el fagot, siempre ellos tan elegantes, bellos y gozosos.

Gozo. El segundo tema del tercer movimiento de nuestro *Concierto para violonchelo* de Dvořák es igualmente animado, aparece en el clarinete con adornos curiosos en el violonchelo. Las dos ideas son trabajadas vigorosamente, con gran variedad de sentimientos.

Es en estos pasajes donde el violonchelo suena de manera tan majestuosa que muestra en plenitud todos los misterios de la belleza de su sonido, tan mágico, tan lleno de misterio, tan hondo, de una profundidad definitivamente poética.

No es casualidad que el violonchelo sea el instrumento que interpreta el escritor francés Pascal Quignard y eso le permite escribir palabras como si fuese música. De hecho, es música. La prosa de Pascal Quignard no es otra cosa que música.

Por ejemplo, el inicio de su novela *Las escaleras de Chambord* me parece el equivalente exacto al preludio de la *Primera suite para violonchelo solo* de Bach.

Ponga a sonar en su mente usted, lector, o bien ponga el disco o la pieza en Spotify, Deezer, Apple Music o YouTube, el inicio de la *Primera suite para violonchelo solo* de Bach y comprobará que suena igual que este inicio de novela:

Édouard pasó por casa de su madre y le dejó una nota. Subió por la gran avenida Meir. No paraba de caer del cielo luminoso llovizneo tenue. Entró en la magnífica estación de Amberes, llegó a París, llegó a Roma. Era mayo. El aire era suave y ligero. Comió, vio a Renata en la tienda de la vía del Corso, llamó por teléfono a Pierre a París, alquiló un coche y llegó a Florencia a la una de la madrugada.

Ya sabíamos que leer libros es un acto amoroso. Ahora sabemos, mejor dicho confirmamos, que algunos libros son en realidad música.

Vemos ahora que el estado del alma que nos produce escuchar nuestro *Concierto para violonchelo* de Dvořák, nos puede llevar muy lejos.

Y es que el elevado grado de virtuosismo que presentan los solos de violonchelo en el tercer movimiento es un jolgorio de emociones. Las células motílicas viajan de regreso hacia temas de los dos primeros movimientos; todo de repente se desvanece hacia un *pianissimo*, luego hay un potente *crescendo* y los últimos compases son tomados por toda la orquesta para concluir tumultuosamente.

El propio Dvořák definió así el final de su *Concierto para violonchelo y orquesta*: “termina como un suspiro”.

Emociones. Sentimientos. Hay obras que desde su título conllevan la penitencia. En 1911, por ejemplo, Maurice Ravel escribió los *Valses nobles et sentimentales*, para piano solo, como un homenaje a Schubert, ese campeón de los sentimientos exacerbados en música.

En las más de 600 canciones que escribió Schubert, siendo “canción” el género *Lied*, que él inventó, desarrolló una asombrosa facilidad en la escritura. Escribía de manera espontánea.

Solía sentarse en un café a divagar en su pensamiento y a leer. Por ejemplo, leía *Cymbeline*, de Shakespeare, cuando los versos lo atraparon. El único papel que tenía a la mano era el menú, en cuya parte trasera escribió la canción de principio a fin, sin volver a revisarla.

Siempre hallaba, de manera espontánea, el equivalente musical para cada pensamiento, emoción o sensación de los poemas que elegía para ponerlos en música. Por igual, el alegre jugueteo de un pez en el agua que el terrible sentido de lo funesto en la llamada de la muerte a una muchacha están impresos rítmicamente en *Die Forelle (La trucha)* y en *Der Tod und das Mädchen (La muerte y la doncella)*.

Sus ciclos de canciones son verdaderos monumentos a la emoción. Las veinte canciones (¿habrá tomado de aquí prestado una parte del título Neruda para sus *Veinte poemas de amor y una canción desesperada?*) de *Die schöne Müllerin (La bella molinera)*, a partir de poemas de Wilhelm Müller, muestran la alegría de vivir del mo-

linero y luego la desilusión amorosa que lo lleva al suicidio.

La cumbre del pesar está en el ciclo de 24 canciones, también a partir de poemas de Müller, *Die Winterreise (Viaje de invierno)*. Melancolía, sufrimiento, desesperación. Pura chulada, eso sí, en un grado de belleza estremecedor. Para muchos, no hay nada en la literatura de canto que pueda igualarlas en desesperación: para Newman Flower representan “lo épico en la tristeza”.

Pero, un momento. ¿Qué está pasando aquí? Volvamos al gozo.

Decía que Maurice Ravel hizo un homenaje a Schubert en 1911 con sus *Valses nobles et sentimentales*, en un juego de palabras con los dos libros de vals que compuso Schubert en 1823, el primero de ellos lo tituló *Valses nobles* y el segundo *Valses sentimentales*.

Ponga ahora el lector, en YouTube, la versión de la Danmarks Radio Symphony Orchestra, dirigida por Thomas Sondergaard, de los *Valses nobles et sentimentales* de Ravel, para derribar otro mito: se dice que los nórdicos “son fríos”. Ni que fueran refresco embotellado.

Esta versión tan deliciosa desface ese entuerto. He ahí el gozo, la alegría, el hipnótico encanto del vals. He ahí lo que el poeta Henri de Régnier, el inventor del simbolismo francés, escribió en la edición impresa de la versión para piano de esta obra: “le plaisir délicieux et toujours nouveau d’une occupation inutile”.

Frase que nos lleva, irremediablemente, al existencialismo que Sartre condensó en la frase: “l’homme est une passion inutile”, conclusión de su libro *L’être et le néant (El ser y la nada)*.

Estos vals nobles y sentimentales son el umbral de un monumento a la delicia, una paráfrasis de la frase que Shakespeare escribió en su soneto 40 (“Take all my loves, my love / yie, take them all”): “lascivious grace”.

Ponga el lector, también en YouTube, la versión de *La valse* a cargo de Leonard Bernstein, dirigiendo a la Orquesta Nacional de Francia.

Al igual que Lenny Bernstein sobre el podio, ahora el escucha baila, flota.

Levita. **u**